11774

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

¡¡VENCÍ!!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

JOSE MOTA Y GONZALEZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1882.

Segunda Adicion al Catálogo de 1.° de Enero de 1880.

COMEDIAS Y DRAMAS.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte q correspo á la Gale
2	1	Á media noche—j. o. p.....	1	D.ª Camila Calderon....	Tod
12	3	¡Á perro chico!—s. o. v.....	1	D. Tomás Luceño.....	»
		Camino de Ceuta.....	1	Francisco Macarro...	»
		Cecilio.....	1	Julio Ruiz.....	»
4	»	Cuestiones de gabinete.....	1	Pedro Escamilla....	»
3	2	Cuestion de táctica—c. o. v..	1	F. Flores García....	»
3	3	De confianza—j. o. v.....	1	José Estremera.....	»
		Dobbete, recodo y palos.....	1	Francisco Macarro...	»
1	2	Doña Josefa—j. o. p,.....	1	Joaquin Valverde....	»
2	3	El juicio de Salomon—c. o. p..	1	J. Moreno Castelló..	»
7	5	El melon del diputado.....	1	Eloy Perillan y Buxó.	»
4	2	El nacimiento de Tirso-d. o. v.	1	F. Flores García.....	»
4	2	El 1.° de Enero—c. o. v.....	1	F. Flores Garcia....	»
2	2	En el pecado...—p. o v.....	1	Juan M. Eguilaz....	»
4	2	El tio Petardo—j. o. p.....	1	Juan M. Eguilaz....	»
4	2	Escuela de medicina—j. o. v..	1	José Estremera.....	»
4	2	Esta y no más—j. o. v.....	1	Ramon de Marsal....	»
2	2	Galeotito, parodia—o. v.....	1	F. Flores García....	»
3	1	La curda (parodia)—o. v.....	1	Juan M. Eguilaz.....	»
3	3	La herencia del abuelo-c. o. v.	1	F. Flores García....	»
5	1	La más preciada riqueza-c. o. v.	1	F. Flores García....	»
4	1	La mina de oro—d. o. v.....	1	Pedro Marquina.....	»
»	1	La última carta, *monólogo*—o. v.	1	F. Flores Grcia.....	»
3	4	Libre y sin costas—j. o. p....	1	M. Pina Dominguez.	»
5	2	Los verderones—j. o. p.....	1	Sres. Schez. Castilla y G. de Cádiz.....	»
3	2	Los vidrios rotos —c. o. p.....	1	F. Flores García.....	»
		Moda elegante.....	1	Francisco Macarro...	»
3	2	Receta contra los nervios-j. o v	1	J. M. Castelló.....	»
2	3	Seguidillas—j. o. p.....	1	E. Sanchez Castilla..	»
		Se necesita un marido-j. o. v.	1	Pascual de Alba.....	»
		Un domingo en el Rastro.....	1	Tomás Luceño.....	»
2	2	¡Vencí!—c. o. p.....	1	J. Mota Gonzalez....	»
		Vots son triunfos.....	1	Eduardo Aulés.....	»
8	4	De Cádiz al Puerto.—c. o. p..	2	Flores Garc.ª y Romea	»
6	3	Dicha y fortuna—c. o. v.....	2	Luis Oneca.....	»
6	»	El corazon de un amigo-c. o. p	2	Manuel Ramos.....	»
3	4	La madre de la criatura-c. o. v	2	F. Flores García.....	»
3	3	Navegará todos vientos-c. o. v.	2	F. Flores García....	»
5	3	Parientes lejanos—j. o. v.....	2	Vital Aza.....	»
2	2	Tomasica—c. o. v.....	3	José Estremera.....	»
3	4	Consuelo— c. o. v.....	3	Adelardo L. Ayala...	»
7	3	El alcalde de Zalamea—c. r. v	3	Adelardo L. Ayala...	»
4	2	El nuevo D. Juan—c. o. v....	3	Adelardo L. Ayala...	»
6	3	El tanto por ciento—c. o. v...	3	Adelardo L. Ayala..	»
7	3	El tejado de vidrio—c. o. v...	3	Adelardo L. Ayala...	»
4	3	En busca de un corazon-c. o. v	3	Luís Oneca.....	

¡¡VENCI!!

¡¡VENCÍ!!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

JOSÉ MOTA GONZALEZ.

Estrenado con éxito extraordinario en el Teatro de ESLAVA de Madrid, en la noche del 2 de Enero de 1882.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.— CALVARIO, 18.

1882.

PERSONAJES	ACTORES.
LUISA.....	SRTA. CAROLINA CAMPINI.
JUANA.....	DOÑA MARÍA RODRIGUEZ.
PEDRO.....	DON JOSÉ MESEJO.
CÁRLOS.....	DON MARIANO GALÉ.

La accion es contemporánea.

Las indicaciones están tomadas del lado del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DIGNÍSIMO ESPAÑOL

HONRA DE SU PATRIA,

AL DOCTOR D. FEDERICO RUBIO Y GALI.

Su agradecido amigo

El Autor.

671639

OBRAS ESTRENADAS DEL MISMO AUTOR.

El Ermitaño de la Peña Maldita, drama novelesco en tres actos.
Crímenes de la Ambicion, drama en tres actos.
El Lego de San Francisco ó la Independencia Española, drama histórico en tres actos.
La Curacion por Celos, comedia en tres actos.
Pedro el Sordo, juguete cómico en tres actos.
Un consejo á Tiempo, comedia en un acto.
Rom y Menta, borrachera cómica en un acto.
¡¡Lo Maté!! paso cómico en un acto.
Quítese usted la Ropa, júguete cómico en un acto.
Contra Ira... Latigazos, juguete cómico en un acto.
Las Angustias de un Procurador, disparate cómico en un acto.
De Asistente á Capitan, juguete cómico en un acto.
La Cámara Oscura, juguete cómico en un acto.
Los Cesantes, juguete cómico en un acto.
El secreto de mi Esposa, equivoco cómico en un acto.
El Curandero, juguete cómico en un acto.
¡Hasta la Muerte! juguete cómico en un acto.
¡Venci! juguete cómico en un acto.

ACTO ÚNICO.

Gabinete decentemente amueblado. Puerta al foro, otras laterales. Á la izquierda segundo término, mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, JUANA.

JUANA. (Acabándose de santiguar.) «De su primer instante natural, amen.» Ea, hija mia, ya que has concluido tus oraciones, ponte á leer un rato el *Año cristiano*.

LUISA. ¡Siempre el mismo libro, si me permitiera usted leer alguna novelita!

JUANA. ¡Jesús, novela! Lo que más pervierte y extravía el corazon de una jóven; no vuelvas otra vez á hacerme semejante peticion.

LUISA. Bien está. Ni quiere usted que lea ni que salga á paseo y mucho ménos que vaya una sola noche al teatro!

JUANA. ¡Al teatro! Calla, Luisa, calla y no me hagas nuevamente ofender á Dios sólo con oirte. Una jóven honrada y cristiana no debe moverse de su casa más que para ir al templo y esto sin mirar siquiera en la calle á los hombres impíos.

LUISA. Pero mamá ¿tambien es malo saludar y mirar?

JUANA. Sí; los ojos no se levantan del suelo más que para fijarlos en Dios.

ESCENA II.

DICHAS y PEDRO.

PEDRO. (Apareciendo por la puerta del foro; habla con acento andaluz.) ¡Y en los buenos mozos, caramba!

LUISA. (Con alegría y dirigiéndose á Pedro.) ¡Pedro!

PEDRO. (Entrando.) Supongo que tu señora madre te estará predicando el noveno sermon de la mañana.

JUANA. Le aconsejo, como es de mi obligacion, su felicidad.

PEDRO. Cierto que tiene usted un deber de hacerlo; pero la felicidad de esta hermosa muchacha no creo que consista en meterla en un convento.

JUANA. Y dónde mejor?

PEDRO. ¡En la boca de un cañon!

JUANA. ¡Jesús!

PEDRO. ¿De qué se espanta? ¿Estoy ya soltando alguna blasfemia?

JUANA. Pecados mortales! Y los castos oidos de una jóven como mi hija, no deben... Luisa, márchate.

LUISA. Pero mamá...

JUANA. ¡Al momento!

LUISA. (Marchándose por la izquierda.) ¡Jesús!

ESCENA III.

JUANA, PEDRO.

PEDRO. ¡Nada, duro! ¡Si mi general levantara la cabeza!

JUANA. Aprobaría mi manera de pensar.

PEDRO. ¡Voto á mil rayos!

JUANA. ¡Ave María!

PEDRO. Y qué poco llegó usted á conocer á su esposo.

JUANA. Mi marido fué siempre muy buen cristiano.

PEDRO. Nadie lo niega, señora, cristiano soy yo tambien.

JUANA. ¿Tú?

PEDRO. Como el que más.

JUANA. Tú eres ateo.

PEDRO. Lo que no soy es hipócrita. Yo tengo la creencia de que á Dios se sirve muy bien en todas partes; pero usted con esas raras y antiguas preocupaciones, se ha figurado que únicamente dedicando la vida al claustro ó al altar puede alcanzarse la felicidad eterna.

JUANA. Ciertamente.

PEDRO. Claro; y por eso no sólo trata de sacrificar á su hija, que maldita la vocacion que tiene...

JUANA. Tú qué sabes.

PEDRO. Sino que tambien quiere hacer á mi hijo Cárlos desgraciado.

JUANA. Desgraciado, y te lo he puesto á estudiar la carrera eclesiástica en un seminario... ¿Dónde mejor?

PEDRO. ¡Á los piés de un regimiento de lanceros! ¡Voto á Mahoma!

JUANA. ¡Jesús, y mil veces Jesús! No mientes en mi casa otra vez á ese sujeto.

PEDRO. Le aseguro á usted, doña Juana, que mi hijo es el primer año y el último que pisa el seminario.

JUANA. Ya te guardarás y mucho de hacer ningun disparate. Mi esposo al morir me ordenó que le costease una carrera.

PEDRO. Cierto, mas no le encargó á usted que fuese la eclesiástica. (Entonando y dando rapidez á este dialogo.)

JUANA. Pero como es la mejor!

PEDRO. Pues á mí, á su padre le parece la peor. ¡Voto al infierno!

JUANA. ¡Jesús!

PEDRO. Veremos quien lleva el gato al agua. ¡Yo tengo la cabeza muy dura, señora!

JUANA. Y yo tengo una voluntad de hierro. ¡Ay, cuándo volverán los buenos tiempos de la santa Inquisicion!

PERRO. ¿Y para qué quiere usted que vuelvan esos bárbaros y estúpidos tiempos?

JUANA. ¡Para que te quemen vivo! (Marchándose por la derecha.)

ESCENA IV.

PEDRO, á poco LUISA.

PEDRO. ¡El demonio de la vieja! ¡Bruja! Pues no quiere que me achicharren vivo. Cada dia tengo más presente los consejos del sargento Fernandez y Fernandez. ¡Doña Juana, veremos quién vence de los dos!

LUISA. (Apareciendo por la puerta izquierda y diciendo á media voz.) ¡Pedro!...

PEDRO. ¡Hola, hermosa!

LUISA. ¿Me traes el libro?

PEDRO. (Presentando un libre pequeñito.) Aquí lo tengo. Míralo.

LUISA. ¡Qué pequeñito es!

PEDRO. Así lo ocultarás mejor.

LUISA. ¿Cómo se titula?

PEDRO. No me acuerdo. Míralo.

LUISA. (Leyendo.) «Cuántas veo, tantas quiero.»

PEDRO. Eso es. Un libro para espabilar el alma. Mira por quién está escrito.

LUISA. (Mirando el libro.) Aquí dice... por Paul de Cok.

PEDRO. ¿Y ese señor Paul de Cok es presbítero?

LUISA. No dice nada.

PEDRO. Corriente.

LUISA. ¿Por qué me has hecho esa pregunta, Perico? Tienes acaso animadversion á los sacerdotes?

PEDRO. No, que á todos ellos les guardo profundo respeto.

LUISA. Entónces, por qué dice mamá de tí tantas cosas y hasta creer que eres ateo!

PEDRO. ¡Ateo!... No des crédito á esas exageraciones de tu madre. Yo creo en Dios, Luisa, y creo en él á puño cerrado. Doña Juana está así conmigo desde un dia que le aseguré de una manera solemne y positiva que no llegarías á ser monja, ni mi hijo sacerdote.

LUISA. ¿Verdad que no seré monja?

PEDRO. Monja tú?... Cuando yo nodriza. Y si te llevan al con-

vento ántes que acabes el año de noviciado, voy á sacarte, y te saco aunque tenga que derribarlo.

LUISA. ¡Qué alegría, conque ni Cárlos ni yo...

PEDRO. Cárlos será militar.

LUISA. Sí? Y yo ¿qué seré yo, Perico?

PEDRO. ¡Tú... tú, que sé yo lo que tú serás!

LUISA. Yo, militara tambien.

PEDRO. ¡Militara!

LUISA. Sí, generala como mi madre.

PEDRO. ¡Generala!

LUISA. Dice mamá que el general te quería mucho.

PEDRO. ¡Dios lo tenga en su santa gloria! Los dos nos queríamos cual si fuéramos hermanos y había sus razones para ello. Nacimos en un mismo pueblo y en un mismo dia. Nos cristianaron en la misma pila, siendo padrino de tu padre el mio, y mio, el de tu padre.

LUISA. (Ajá!)

PEDRO. Los dos tuvimos juntos el sarampion y las virolillas locas.

LUISA. ¡Es particular!

PEDRO. Y juntos estudiamos en la única escuela que había en el pueblo. Tu padre en poco tiempo aprendió á leer, á escribir, á contar, y yo empecé á no conocer ni una letra; pero mi falta de capacidad para el estudio la suplía con el tino y la agilidad; todos los dias había de descalabrar ó lastimar á dos ó tres chiquillos de la escuela, hasta que concluyeron por echarme de ella.

LUISA. ¡Ya lo creo!

PEDRO. ¡Piedra que salía de mis manos, fija, á la cabeza; hasta los pájaros los mataba á chinazos! Un dia desafié á los muchachos del pueblo y todos juntos vinieron en contra mia; tu padre estaba tambien entre ellos, se empezó la batalla á la salida del pueblo, las balas eran peladillas y pedazos de ladrillos: á la media hora me quedé solo, todos los muchachos se habían retirado, y el que no cojeaba, llevaba ambas manos puestas en la cabeza aplastándose los tolondrones que le habían causado mis proyectiles. ¡Ese dia le pegué tan soberbio pelotazo á tu

padre, que, cuando lo ví echando sangre, me puse malo y lo sentí más que él!

LUISA. ¿Y le pediste perdon por haberlo lastimado?

PEDRO. ¡De todo corazon!

LUISA. Bien hecho, así lo aconseja la doctrina.

PEDRO. Anda, que bien he pagado despues las heridas y bolladuras que hice á los muchachos, porque desde el momento que empecé á servir al rey, en union de tu padre, me han puesto el cuerpo tan acribillado de heridas que tengo el pecho todo lleno de cicatrices.

LUISA. ¡Y de cruces! (Con entusiasmo)

PEDRO. ¡Sí que las tengo, y buenas; algunas de ellas causan envidia á muchos oficiales generales, que no han podido obtenerlas!

LUISA. ¿Y cómo es que habiendo tú sido tan valiente y tan aguerrido como mi padre, no llegaste á general como él?

PEDRO. Pues no te he dicho que en la vida he podido aprender á leer y á escribir?

LUISA. Es verdad.

PEDRO. Cada letra ha sido para mí una muralla, un reducto inexpugnable, que nunca he podido escalar.

LUISA. ¿Quieres que yo te enseñe á hacer ambas cosas?

PEDRO. Quita allá, muchacha, tú no puedes figurarte lo de veces que lo intentó tu padre. Tan sólo pude aprender dos letras.

LUISA. ¿Cuáles?

PEDRO. ¡La i y la o; la i porque tiene un puntito encima, y la o por ser tan redondita.

LUISA. ¡Ajá!

PEDRO. Cuando aprendí la primera me nombró tu padre cabo segundo, y cuando dije señalando con el puntero esta es la o, me coloqué los galones de cabo primero.

LUISA. ¡Bien!

PEDRO. ¡De manera que si me cuelo en la cabeza el abecedario... general. (Rotundamente.)

ESCENA V.

DICHOS y JUANA, derecha.

JUANA. ¿Dónde andas, Luisa?
LUISA. Estoy aquí con Perico.
JUANA. Lo que quiero es no verte al lado de Perico.
LUISA. ¿Por qué, mamá?
PEDRO. Porque siempre le estoy diciendo que no quiero que mi hijo siga la carrera eclesiástica, porque sé que no tiene vocacion para ello.
JUANA. La tiene, él mismo me lo ha dicho.
PEDRO. Porque usted le habrá obligado á decirlo.
JUANA. ¡Yo!
PEDRO. Sí señora.

ESCENA VI.

DICHOS y CÁRLOS apareciendo en la puerta del foro, su figura algo ridícula, vestirá traje negro.

CARLOS. (Aparentando mucha timidez.) ¡*Deo gracia*!
LUISA. (Ap. rápido.) (¡Ah, Cárlos!)
JUANA. (Sin reparar en Cárlos.) ¡Á Dios sean dadas!
PEDRO. (Dirigiéndose á Cárlos.) ¡Muchacho!!
JUANA. ¿Tú por aquí?
PEDRO. ¿Vienes malo?
CARLOS. No reñor.
PEDRO. Entónces...
JUANA. ¿Cómo es que has abandonado el seminario?
CARLOS. Una desgracia.
JUANA. ¿Una desgracia?
PEDRO. ¿Te ha pasado algo? (Mucho interés.)
CARLOS. Á mí nada, pero...
LUISA. (Ap.) (¡Ni siquiera me ha mirado!)
PEDRO. ¿Pero qué? ¡Vamos, hombre, habla!
CARLOS. Las llamas...

JUANA. ¿Qué llamas son esas?

PEDRO. (Ap.) (¡Jesús, más quiero á un pillo que á un tonto.)

CARLOS. Las llamas que han concluido con el seminario.

PEDRO. ¿Eh?...

JUANA. ¿Se le ha pegado fuego al seminario?

CARLOS. Sí señora, en pocos momentos ardió todo el edificio.

PEDRO. (Ap.) (Me alegro!)

JUANA. ¡Jesús, qué desgracia!

CARLOS. Y hasta que no vuelvan á reedificarlo han mandado á todos los estudiantes á sus casas.

JUANA. ¿Y has venido solo?

CARLOS. No señora, vine con unos arrieros que me encontré.

JUANA. ¿Has venido andando?

CARLOS. Sí señora.

JUANA. ¡Jesús, tres leguas, si te hubiera pasado algo por el camino!

CARLOS. Gracias á Dios no me ha ocurrido nada.

JUANA. Dime, y tantos colegiales como se hallaban dentro del seminario, qué han hecho de ellos?

CARLOS. No sé nada, madrina, porque cuando ví el fuego me espanté y me vine.

JUANA. Y sin despedirte siquiera de mi padre espiritual el señor rector.

CARLOS. Sin despedirme de él, sí señora.

JUANA. Pues has hecho muy mal; yo te tenía encargado á él y no has debido moverte sin su consentimiento.

PEDRO. (Ap.) (Eso es, aunque se hubiera quemado el chico!)

JUANA. Voy á escribirle ahora mismo anunciándole tu venida para que ese buen señor no esté con cuidado.

CARLOS. (Ap.) (¡Me van á descubrir!)

JUANA. Vamos, y has estudiado mucho?

CARLOS. Sí señora.

JUANA. ¿Tambien habrás rezado y aprendido muchas oraciones?

CARLOS. Sí señora; y á más de mis rezos, todos los dias era yo el encargado de leer en alta voz á mis compañeros la vida del santo.

JUANA. (Con alegría.) ¡Eso me agrada, porque no hay nada en el

mundo que instruya tanto como la vida de los santos!

CARLOS. Tiene usté razon, madrina.

PEDRO. (Ap.) (¡Voto á mil rayos!)

CARLOS. Con esa lectura se aprende el camino recto y verdadero para llegar con seguridad al cielo.

JUANA. (Con alegría.) ¡Muy bien dicho! ¡Vaya, Pedro, ahí tienes á tu hijo, ¿no te parece más alto y más hermoso?

PEDRO. ¡Lo que me está parecie ndo es más lila!

JUANA. Mira, mira cuánta humildad, con esos ojos siempre fijos en el suelo.

PEDRO. Con los ojos fijos en el suelo, no ha reparado en la hermosa y linda azucena que tiene al lado.

LUISA. (Ap.) (Jesús!)

PEDRO. Levántalos y mira lo que tienes ahí. (Empujándolo suavemeute hácia Luisa.)

CARLOS. (Acercándose á Luisa siempre con la vista baja.) Es verdad, Luisa...

LUISA. (Con temor y con la vista baja tambien.) Cárlos.

CARLOS. ¿Estás buena?

LUISA. Yo sí, ¿y tú?

CARLOS. Bueno, ¿y tú?

LUISA. Regular, ¿y tú?

CARLOS. Así, así, ¿y tú?

JUANA. (Mirando con gozo á los muchachos.) ¡Qué almas más cándidas!

PEDRO. (Ap.) (¡Qué educacion más estúpida!)

JUANA. Pedro, no te agrada ese aire tan modesto que tiene tu hijo? vamos, no me canso de mirarlos! (Se quedan los como electrizados, los niños cerca uno de otro y con la vista fija en el suelo; Juana los contempla con gozo y Pedro, despues de una pequeña pausa en que sarcásticamente mueve la cabeza, exclama.)

PEDRO. (Ap.) (¡Mire usted qué paraiso! ¡Qué estarán contemplando estos tres borregos de Cristo!) (De pronto, alto, con cerage y dando una fuerte patada en el tablado. Juana, Luisa y Cárlos se asustan.) ¡¡Voto á Satanás!!

LUISA. ¡Ay!

CARLOS. ¡Dios santo!

JUANA. (Santiguándose.) ¡Jesús, María y José!

PEDRO. ¡Por vida!... y qué razon que tenía el sargento Fernandez y Fernandez; cada dia me acuerdo más de sus consejos y palabras!

JUANA. ¿Y qué consejos y palabras eran esas del sargento? sepamos!

PEDRO. ¡El sargento Fernandez y Fernandez, que era un hombre de mundo y de experiencia, decía, que cuando las señoras mujeres cumplían cuarenta años, debía darsele el retiro para la cocina; y que si intentaban salir alguna vez de ella para mezclarse en los asuntos de la sociedad, sin pedirle explicaciones de ninguna clase y sin formarle siquiera consejo de guerra, deberían ser pasadas por las armas!

JUANA. ¡Pues era un poco bruto el bueno de tu sargento Fernandez y Fernandez! Vamos, Cárlos, anda á descansar; creo que tu padre concluirá en dia no lejano por perder la razon.

PEDRO. ¡No es extraño!

JUANA. ¡Acuéstate un rato, y si tienes apetito...

CARLOS. No señora.

JUANA. ¿Has tomado algo por el camino?

CARLOS. Sí señora; tomé una poca de agua en una fuente.

PEDRO. ¡Buen alimento para andarse tres leguas!

JUANA. ¿Y no has tomado otra cosa que agua?

CARLOS. Nada más.

PEDRO. Dios te libre de un cólico.

JUANA. Luisa, dile á la cocinera que prepare algo para que se desayune este muchacho, yo en tanto voy á sacar un poco de vino de la despensa. (Váse por la puerta derecha, Luisa por la izquierda.)

ESCENA VII.

PEDRO y CÁRLOS.

PEDRO. Vaya, hombre, siéntate y descansa mientras te arregla

el almuerzo. (Cárlos se sienta quedando muy encogido y con la vista fija en el suelo.) ¡Valiente facha! Vamos, hijo, levanta la cabeza y mírame.

CARLOS. (Levantando un poco la cabeza y diciendo con mucho respeto.) ¡Padre!...

PEDRO. (Imitándolo.) ¡Padre! ¡Caramba! ¡Dí padre con fuerza! No sé á quien sales, hijo mio, porque tu madre, que santa gloria haya, era cristiana vieja de las que á mí me gustan, sin hipocresía; lo mismo se hacía ella una novena á San Rafael de su alma, que era su santo favorito, que se bailaba unas seguidillas con sus palillos en las manos; conque vamos á ver ahora nosotros. ¿Qué te han enseñado á tí en el seminario?

CARLOS. Me han enseñado gramática, geografía, aritmética.

PEDRO. ¿Y á dar una buana estocada y á parar otra no te han enseñado tambien?

CARLOS. No.

PEDRO. Pues deberían haberte enseñado algo de eso para cuando seas soldado.

CARLOS. (Con alguna animacion.) ¿Yo soldado?

PEDRO. Sí, ya no vuelves más al seminario.

CARLOS. (Con más animacion y poniéndose de pie.) ¿De veras?

PEDRO. ¡Hola! Parece que te has alegrado!

CARLOS. Padre, me perdona usted?

PEDRO. ¿Que si te perdono?

CARLOS. He cometido una falta...

PEDRO. ¿Grave?

CARLOS. Sí, muy grave.

PEDRO. ¡Demonio, muchacho! ¿Qué has hecho?

CARLOS. Lo del fuego del seminario es mentira.

PEDRO. ¿Qué dices?

CARLOS. Que fué un embuste que le dije á mi madrina para que no se disgustara conmigo.

PEDRO. ¡Qué le parece á usted el lila! ¡Pues la has hecho buena! Ahora doña Juana va á escribir y...

CARLOS. Pues eso es lo que más temo, estoy seguro que el señor Rector le contestará en seguida diciéndole que me he

escapado del seminario.

PEDRO. ¡Claro!

CARLOS. Y mi madrina me echará á la calle.

PEDRO. ¡No tanto; pero, demonio, si lo que has hecho no está bien, es una falta de subordinacion, es como si abandonaras una guardia! (Con nobleza.) Y sobre todo es mentira, y el hombre no debe mentir por nada en este mundo!

CARLOS. Si todos, ménos usted, me obligan á esconder en el alma la verdad. No tengo vocacion.

PEDRO. Lo mismo que me pensé, y esa bruja de tu madrina me aseguró que tú le habías dicho que te agradaba esa carrera.

CARLOS. Se lo dije, pero fué porque ella me obligó á la fuerza á decírselo, y yo por no disgustarla...

PEDRO. ¡Habrá hipócrita! Pues has de saber, hijo mio, que yo no era gustoso que siguieras esa carrera; quería y quiero que seas militar.

CARLOS. (Con alegria.) Tambien yo quiero serlo.

PEDRO. Pues lo serás.

CARLOS. ¡Qué alegría!

PEDRO. Pero quiero que dejes de estar encorvado, que te estires, y que en vez de andar como las cigüeñas en tiempo de invierno, andes como los toreros en tiempo de verano; y finalmente, quiero que seas tambien un poquito enamorado...

CARLOS. (Con alegría.) ¿Sí?

PEDRO. ¡Pero con aplomo!

CARLOS. Lo tendré.

PEDRO. ¡Caramba, ya me va pareciendo mi hijo otra cosa! Ea, vamos ahora á ver cómo arreglamos eso del incendio del seminario.

CARLOS. Al venirme le dejé escrita una carta al señor Rector, exponiéndole el motivo de mi marcha.

PEDRO. Qué le decías?

CARLOS. Que me era muy violento el estar allí metido, que no tenía vocacion, que me marchaba del seminario porque

tenía la seguridad de que serviría mejor, mucho mejor á Dios siendo militar, que sacerdorte, y que estuviera tranquilo porque me venía derechito á mi casa.

PEDRO. ¡Ajá! Vamos, siquiera el señor Rector no estará ya con cuidado por tu ausencia; pero mucho me temo que en el correo de hoy no venga una carta para tu madrina. Voy á ver á Rafael para que me avise cuando vea llegar al cartero. (Váse por la puerta del foro)

ESCENA VIII.

CÁRLOS, á poco LUISA.

CARLOS. (Con extremada alegría.) ¡Ah, conque voy á ver realizado mi deseo de no volver al seminario! ¡Uf, allí dentro me ahogaba, no podía respirar con libertad, ni poner derecho el cuerpo! (Irgüiéndose y andando con desembarazo) Ahora voy á ser militar, voy á ver y á conocer el mundo y cuando sea mas hombre, me casaré. (Se para de repente.) ¡Casarme... casarme! ¿y querrá ella casarse conmigo? (Se sienta hácia la derecha quedando muy pensativo.)

LUISA. (Desde la puerta izquierda á media voz y con timidez.) ¡Cárlos!

CARLOS. (Ap.) (¡Ah, Luisa!)

LUISA. ¿Estás solo?

CARLOS. Sí.

LUISA. Entónces me voy.

CARLOS. ¿Por qué?

LUISA. Porque puede venir mi madre y...

CARLOS. (Con timidez.) Es verdad, pero tu madre está acostumbrada á vernos juntos y no puede extrañar...

LUISA. Sí, más como ahora hemos dejado de ser niños... tú eres ya un hombre, yo una mujer y... ¡Adios! (Se queda un momento pensativo, despues entra en escena muy lentamente con la vista fija en el suelo y se sienta.)

CARLOS. (Ap. y sin volver la cara.) (¡Se va!) (Alto.) Luisa, no te marches. (Volviendo la cara y viendo á Luisa.) (Ap.) (¡Ah

está allí, no se ha marchado!)

LUISA. ¡Cárlos!

CARLOS. ¡Luisa!

LUISA. Te prevengo que mamá se enoja de que me miren y me hablen los hombres.

CARLOS. Pues mi padre quiere que sea algo enamorado.

LUISA. (Animándose un poco.) ¿Sí, y tú vas á serlo? (Con interés.) ¿Estás ya enamorado de alguna?

CARLOS. (Suspirando.) ¡Ay!

LUISA. ¡Dilo!

CARLOS. (Ap.) (¡Esa manera de preguntar me ha sorprendido y me ha hecho un daño aquí!) (Marcando el corazon.)

LUISA. ¿No me contestas?

CARLOS. ¡Luisa, mírame! ¿Me he puesto pálido?

LUISA. ¡Sí! ¿Estás malo?

CARLOS. No, Luisa, te has enamorado tú algúna vez?

LUISA. ¡Yo!... (Ap. y como queriéndose sujetar los latidos del corazon.) (¡Ay! ¿Qué es esto?)

CARLOS. ¿No me contestas?

LUISA. ¡Cárlos, mírame! ¿Me he puesto colorada?

CARLOS. ¡Sí! ¿Estás mala?

LUISA. No; pero he sentido una cosa tan rara y tan extraña en el pecho!

CARLOS. (Animándose.) ¿Sí? (Ap.) (¡Me ama, ha sentido lo mismo que yo!)

LUISA. Dime, Cárlos, por qué se siente esto, por qué cambías de color? ¡Ay, tú estás pálido todavía!

CARLOS. Sí... dicen que el amor...

LUISA. (Más animada.) ¿Qué pasa en el amor?

CARLOS. (Con animacion.) Pasa, oye y te lo explicaré. ¡El amor!... (Viendo salir á Pedro por la puerta del foro que viene tosiendo.) ¡Ah! ¡Mi padre!

ESCENA IX.

DICHOS y PEDRO foro.

PEDRO. ¡Hola! Están los pollos juntos.¿ De qué se hablaba?

LUISA. (Con timidez.) De nada.

PEDRO. (Ap.) (Claro, qué conversacion habian de tener este par de lilas! Con tantos ayunos, tantas vigilias, tantas penitencias y tantas letanías, tienen la sangre de horchata. Si yo pudiera espabilarlos y casarlos aunque despues á la vieja se la llevaran los demonios, cumpliría con los deseos de mi general y los mios. Probaré.) (Alto.) ¿Qué hacen ustedes tan retirados?

CARLOS. Nada. Hablabamos del seminario.

LUISA. (Con prontitud.) Cierto, yo hablaba del convento.

PEDRO. Pues no se ocupen ustedes ya de esos dos edificios; Carlos le ha pegado fuego al suyo y tú...

LUISA. ¡Cómo! ¿Tú le pegaste fuego al seminario?

CARLOS. Yo?

PEDRO. No, muchacha, al decir el seminario, hablé en sentido figurado, he querido decir que quemó los hábitos.

LUISA. ¡Ya!

PEDRO. Conque vamos, hablemos del amor.

LUISA. Sí, del amor á Dios.

PEDRO. No.

CARLOS. Del amor á sus padres.

PEDRO. No.

LUISA. Del amor al prójimo.

PEDRO. Y vice-versa, já! já! (Con muy marcada intencion.) ¡Es de otro amor del que quiero hablar ahora!

LUISA. (Mirando con intencion á Cárlos.) ¡Ya!

CARLOS. (Suspirando.) ¡Ay!

PEDRO. (Estornudando.) ¡Achis!

LUISA. ¡Jesús!

CARLOS. ¡María y José!

PEDRO. ¡Gracias, hijos mios. (Ap.) (Cuanto hablé de amor me refrié. Vaya todo por Dios!) (Alto.) Pues si el amor...

CARLOS. ¡El amor!...

PEDRO. (Mirando á su hijo.) El amor. Sabes tú acaso lo que es eso.

CARLOS. Sí.

PEDRO. Anda con ella. (Empujando suavemente á su hijo hácia Luisa.)

CARLOS. Padre...

PEDRO. Desembúchalo, hombre.

CARLOS. (Irá creciendo en entusiasmo á medida que adelanta la escena.) Luisa, el amor es una pasion, es un sentimiento del alma creado por Dios, y es tan grande, tan sublime que, tiene tanto mérito á mis ojos como la creacion que nos ha hecho del mundo.

PEDRO. (Con entusiasmo.) ¡Verdad!

CARLOS. El amor se siente más que se explica; es desear, es querer al objeto amado, la humanidad entera necesita de él...

LUISA. ¿Sí?

PEDRO. (Muy afirmativamente.) Sí, sigue, muchacho.

CARLOS. El amor es una enfermedad deliciosa, agradable, cuando es correspondido, por el contrario, es una enfermedad mortal cuya agonía es muy larga y lenta si el objeto amado no corresponde.

LUISA. ¡Qué bonito es todo eso!

PEDRO. Ya lo creo, sigue, valiente.

CARLOS. En fin, Luisa, el amor es tan poderoso que, no sólo regenera al hombre malo convirtiéndolo en bueno, sino que hasta las fieras se amansan y se domestican al sentirse heridas por ese dulce sentimiento.

PEDRO. ¡Ole, no te quedarás tú de cabo segundo!

LUISA. ¡Jesús y lo que sabe Cárlos!

PEDRO. ¡Es verdad! ¿Y quién te ha enseñado todo eso?

CALOS. ¡Ella!

LUISA. ¡Yo!

CARLOS. Sí.

PEDRO. ¡Sopla!

LUISA. (Con rapidez.) ¡No lo creas, Perico, no lo creas, yo no le he enseñado, yo no le he dicho nada!

CARLOS. ¡Ah, Luisa, esas cosas no se dicen, se sienten, y tú hace mucho tiempo que vienes sintiendo lo que yo!

LUISA. ¿Qué yo siento lo que tú?

CARLOS. Sí; ¿Á que sentiste mi separacion cuando marché para el seminario?

LUISA. ¡Mucho!

CARLOS. ¡Yo tambien sentí que se desgarraba mi alma al separarme de tu lado para emprender una carrera que me quitaba toda esperanza de poseerte!

LUISA. ¿De veras?

CARLOS. Sí.

LUISA. ¡Qué alegría!

PEDRO. (Ap.) (¡¡Esto va bueno!!)

CARLOS. ¡Yo, que no pudiendo permanecer por más tiempo separado de tu lado me he venido del seminario sólo por verte!

LUISA. ¿Sí?

PEDRO. (Ap. á Luisa.) (¡Ya se van entendiendo!) (Alto.) ¡Sigue, salero!

CARLOS. ¡Yo, que á pesar de la distancia que había entre nosotros, te he estado viendo á todas las horas del dia y de la noche!

LUISA. (Con extremada admiracion.) ¡Ay qué parecido más exacto!

CARLOS. ¿Por qué?

LUISA. ¡Porque tambien yo te veía desde aquí!

CARLOS. ¿Y te era agradable el verme?

LUISA. ¡Muchísimo!

CARLOS. ¡Ah!!

PEDRO. (Ap.) (¡Soberbio! ¡Valen más estos muchachos que un escuadron de lanceros!)

LUISA. Dime, Cárlos: ¿y por qué nos pasa eso á los dos?

CARLOS. ¡Porque nos amamos!

PEDRO. ¡El metrallazo!

LUISA. ¡Bendita sea tu boca que tanta felicidad me anuncia. (Dándola un sonoro beso en la mano; ésta, al sentirlo, retira la mano con prontitud, quedándose triste y pensativa.)

LUISA. ¡Ah!

PEDRO. (Al oir el beso.) ¡Ole, buen disparo!

LUISA. (Con enojo amistoso.) ¡Esto sí que me ha causado mal! ¡No vuelvas otra vez á besarme!

JUANA. (Apareciendo por la derecha.) ¡Qué oigo?

PEDRO. (Viendo á Juana.) ¡Jesús, la vieja!

CARLOS. (Retirándose y bajando la vista al suelo.) ¡Mi madrina!

ESCENA X y ULTIMA.

PEDRO, LUISA, CÁRLOS y JUANA.

JUANA. ¡Qué es esto! ¡Qué pasa aquí! ¿Qué hacías, Pedro?

PEDRO. Nada, estaba fogueando á los chicos.

JUANA ¡Fogueándolos!

PEDRO. ¡Claro!

JUANA. ¡Jesús! ¿Qué está diciendo este hombre?

PEDRO. Que les estaba dando una leccioncita de amor á los muchachos.

JUANA. ¡Ah, yo evitaré que esas lecciones se reproduzcan.

PEDRO. Bueno, evítelo usted, pero la leccion que tienen ya dentro del alma, cualquiera se la saca.

JUANA. ¡Jesús, este hombre está cada dia más endemoniado. vea usted, hablarles de amor á los muchachos!

PEDRO. Sí señora, de amor, porque quiero que sean útiles á la sociedad.

JUANA. ¿Y sirviendo á Dios, no son útiles acaso?

PEDRO. Sí señora, pero casados lo son más.

JUANA. ¿Casados?

PEDRO. Sí. Usted no recuerda que la voluntad de su difunto esposo, era casar á los muchachos cuando tuvieran la edad para ello.

JUANA. Nada recuerdo, y nada quiero recordar: lo que deseo es que te marches y para siempre de esta casa! (Se sienta.)

PEDRO. ¡Ah!

CARLOS. ¡Madrina!

LUISA. ¡Mamá!

JUANA. ¡Nada: ese endemoniado hombre va á ser causa de mi condenacion, y por él no quiero condenarme! ¡Que se marche!

LUISA. ¡Mamá!

PEDRO. (Con dignidad.) ¡No supliques, Luisa, (Secándose una lágrima.) me marcho y arrojado por usted de esta casa; de esta casa donde pensé morir por creerme con mérito y hasta con derecho para ello!

JUANA. Pero estás ahí todavía.

PEDRO. Ya me voy... ¡Es usted desagradecida, y por ese camino no se llega al cielo!

JUANA. ¡Corriente, márchate!

PEDRO. ¡Cárlos, sígueme! (Pedro y Cárlos se dirígea muy lentamente hácia el foro y al oir la voz del cartero se detienen. Luisa se acerca á su madre.)

LUISA. ¡Ah, mamá, yo no quiero que se marchen!

JUANA. ¡Silencio!

UNA VOZ. (Dentro, fuerte y acentuada.) ¡Correo, carta!

CARLOS. (Deteniéndose.) ¡Ah!

PEDRO. (Id.) ¡Á buena hora llega!

JUANA. Luisa, recoge esa carta. (Se dirige Luisa con prontitud hácia la puerta del foro, y al pasar por el lado de Pedro y Cárlos, dice:)

LUISA. No marcharse, esperad. (Váse.)

CARLOS. (Á Pedro.) ¿Será del Rector del seminario?

PEDRO. ¡Y qué importa, nada temas!

LUISA. (Entrando con la carta.) Aquí está la carta.

JUANA. Ábrela y lee.

CARLOS. (Ap.) (¡Dios mio, qué suplicio!)

LUISA. (Leyendo.) «Querida hija de confesion y hermana mia en »Jesús-Cristo.»

JUANA. (Con alguna animacion.) ¡Ah, es de mi padre espiritual, el señor Rector del seminario!

CARLOS. (Á Pedro.) ¡Se va todo á descubrir!

PEDRO. ¡Mejor! ¡Los malos caminos andarlos pronto!

JUANA. Sigue.

LUISA. (Leyendo.) «Leo con sorpresa una carta de Cárlos. En »ella, razonadamente me dice que no tiene vocacion »para llegar á sacerdote, y por lo tanto que se retira »del seminario.»

JUANA. (Levantándose.) ¡Ah, tunante!

PEDRO. (Ap.) (¡Ya rompió el fuego!)

JUANA. ¿Conque te has escapado del seminario?

CARLOS. ¡Madrina!...

JUANA. ¿Conque lo del fuego era una farsa, una mentira infame?

CARLOS. ¡Doña Juana!

LUISA. ¡Mamá!...

JUANA. ¡Aparta! (Sentándose.) ¡Esto es horroroso, á su edad tamaño atrevimiento; cuando sea mayor... sabe Dios de lo que será capaz! (Queda pensativa.)

PEDRO. Sigue, Luisa, sigue leyendo.

LUISA. (Leyendo.) «Dice tambien que desea ser militar, y yo »creo que ha nacido para serlo.»

PEDRO. (Con interés.) ¿Eh? ¿Dice que ha nacido para serlo?

LUISA. Sí.

PEDRO. ¡Claro, hasta el Rector del seminario lo conoce y todo el mundo, ménos esta santa señora que está ciega! Sigue, Luisa.

LUISA. (Leyendo.) «Doña Juana, si de algo pueden servirle mis »consejos, debe usted costearle la carrera militar en »vez de la eclesiástica, porque estoy seguro que con »ella, no solo servirá mejor á Dios, sino que ademas da»rá tambien algunos buenos dias de gloria á su patria.»

PEDRO. (Que habrá estado con atencion siguiendo la lectura de esta carta, exclama con entusiasmo.) ¡Bendito sea hasta el hábito de ese ilustrado y sabio sacerdote! Acaba, Luisa.

LUISA. (Leyendo.) «Medite usted bien, doña Juana, lo que le »aconsejo, y si despues de leer esta carta, su voluntad »es que siga Cárlos estudiando en este seminario y bajo »mi direccion, me lo manifiesta usted al momento, ha»ciéndoselo tambien presente al muchacho, que estoy »seguro que acatará y respetará su decision.»

CARLOS. Cierto, sí señora, haré lo que usted me mande.

LUISA. ¡Ah, Dios mio!

PEDRO. (Ap.) (¡Voto al diablo!)

LUISA. (Leyendo.) «Réstame decirte que yo he sido militar antes »que sacerdote, y sin embargo, cumplía como ahora

»mis deberes de cristiano; me retiré de comandante, »cuando á su esposo, que era mi mejor amigo y camarada, lo nombraron coronel por su valor y pericia en la »accion de San Marcial.»

PEDRO. ¡Caracoles, yo debo conocer á ese hombre! ¿Cómo se llama?

LUISA. (Mirando el escrito.) Aquí firma, Cárlos Fernandez y Fernandez.

PEDRO. (Con alegría.) ¡Voto al chápiro, ya lo creo, pues si es nada menos que mi sargento Fernandez y Fernandez, de quien yo tanto me acuerdo! ¡Era y será un mozo de gracia! Sigue, Luisa.

LUISA. Se acabó.

JUANA. ¡Bien! (Pequeña pausa en la que Cárlos se va acercando á Juana.)

CARLOS. La bendicion, madrina. Perdóneme usted.

JUANA. (Lucha unos momentos con la resolucion que ha de tomar hasta que levantándose exclama.) ¡Ah! ¡Yo no puedo oponerme á la voluntad de Dios! ¿Qué arma quieres seguir?

CARLOS. ¡Ah!

LUISA. ¡Oh!

PEDRO. (Con gran contento.) ¿Qué ha dicho usted, señora?

JUANA. (Á Cárlos.) Elije.

CARLOS. Lo que usted quiera.

JUANA. Bien.

CARLOS. ¡Dios se lo pagará, y acaso tambien mi patria!

PEDRO. ¡Y cuando tengas ganado un buen nombre, ven á solicitar la mano de tu Luisa!

JUANA. ¿La mano de mi hija? ¡Esto más!

PEDRO. Y usted se la concederá... Si tiene usted un alma que no le cabe en el pecho, y ademas los chicos se quieren.

JUANA. ¡Luisa! ¿Es cierto?... ¡La verdad, siempre la verdad!

LUISA. ¡Pues la verdad es que le quiero con toda mi alma, con todo mi corazon!

CARLOS. (Ap.) (¡Ah, bendita seas!)

JUANA. Bien, Cárlos; aquí la tienes, y cuando tengas, como dice tu padre, adquirido un buen nombre, ven á buscarla y

te la daré en casamiento. (Luisa y Cárlos pronuncian una exclamacion de alegría y besa en señal de respeto y agradecimiento la mano á Juana. Pedro muy alegre.)

PEDRO. ¡Olé, olé por las personas de gracia y de salero! (Al público.)

Pues vencí su obstinacion,
y disipé su ceguera,
dad un aplauso siquiera
por tan noble redencion.

FIN DEL JUGUETE.

NOTA.

AL EMINENTE DIRECTOR DE ESCENA

DON RAFAEL MARIA LIERN.

Querido Rafael: sería un desagradecido si no hiciera constar en estos cortos renglones, que el extraordinario éxito que alcanzó esta obrilla en la noche de su estreno, lo debo en gran parte á tu acertada direccion y al esmeradísimo cuidado que en los ensayos tuviste.

Creo cumplir con un deber de gratitud y de amistad al publicarlo.

Feliz yo si todas las obras que estrenara, pudieras tú dirigirlas.

Tuyo siempre
J. M. y G.

Doy tambien gracias á la Srta. Campini y Sra. Rodriguez, y á los Sres. Mesejo y Galé, por el estudio y por la buena interpretacion que hicieron de la obra, de sus respectivos papeles.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería
		La cadena rota.....	3	D.ª F.ª Saez de Melgar..	Todo.
6	2	La justicia del acaso—d. o. v.	3	D. Emilio Ferrari.....	»
5	2	La superficie del mar—d. o. v..	3	Juan J. Herranz.....	»
10	4	La vuelta de Orán.....	3	Jesús Lopez Gomez..	»
8	7	Las tres jaquecas—c. a. p....	3	M. Pina Dominguez..	»
		Le Bebé.....	3	Najac et Hennequin..	»
5	3	Un alma de hielo—c. o. v....	3	Valentin Gomez.....	»
		Los polvos de la madre Celestina.....	4	Tomás Breton.....	Música.

ZARZUELAS.

4	3	Armas al hombro.....	1	Sres. Pina Dominguez y Rubio.....	L. y M.
»	»	Bocetos madrileños.....	1	D. J. Muñoz Lucena....	M.
»	»	Bou-Amema.....	1	Tomás Gomez.....	M.
3	1	Cantar á tiempo.....	1	Isidoro Hernandez...	M.
		Contaduría.....	1	E. Sanchez Castilla..	1/2 L.
		Dos siglos en una hora.....	1	Sres. Maestre y Arnedo..	L. y M.
4	2	El Conjuro.....	1	D. Adelardo L. Ayala...	L.
»	»	El cometa.....	1	J. Muñoz Lucena....	M.
7	4	El sistema decimal.....	1	Sres. P. Sanz. de Castro y Gomez.....	L. y M.
2	1	El Tasso, *ópera*.....	1	Aguilera y Pedrell..	L. y M.
		En el viaducto.....	1	D. Luis Cocat.....	L.
6	4	La Patti y Nicolini.....	1	Sres. Cuesta, Criado y Cansino.....	L. y M.
3	1	La serenata, *opereta*.....	1	Estremera y Chapí...	L. y M.
1	»	Miss Zæo, *monólogo*.....	1	Cuesta y Espino.....	L. y M.
»	»	Sin los dos.....	1	Eguilaz y Gomez....	L. y M.
5	2	Soledad.....	1	Lastra y Hernandez..	L. y M.
2	3	Teatro de Madrid.....	1	Alba y Jimenez Leiva.	L. y M.
»	»	Torear por lo fino.....	1	D. Isidoro Hernandez...	M.
1	2	Trabajar con fruto.....	1	José Olier.....	L.
1	2	Una onza.....	1	Ángel Rubio.....	M.
5	1	Viva el Puerto.....	1	Sres. Eguilaz y Hernand.	L. y M
		El señor de Cascarrabias.....	2	Cristobal Oudrid....	M.
5	2	El agente de matrimonios....	3	Adelardo L. Ayala...	L.
12	5	El conde de Castralla.....	3	Adelardo L. Ayala...	L.
7	2	El esclavo.....	3	Allú y Cepeda.....	M.
9	7	Los Mosqueteros grises.....	3	Serrat, Casademunt y Mr. Varney.....	L. y M
6	2	Lucrecia.....	3	D. Ildefonso Valdivia...	L.
4	1	Mitridates, *ópera*.....	3	Sres. Capdepon y Serrano	L. y M.
»	»	Simon Bocanegra, *ópera*.....	3	A. G. Gutierrez.....	L.

OBRAS LITERARIAS.

AUTORES DRAMÁTICOS CONTEMPORÁNEOS.—Edicion de lujo.—Han salido los doce primeros cuadernos.—Precio 12 reales en Madrid.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá; de *Córdoba y Compañía*, y de *Rosado*, Puerta del Sol; de *Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, y de *D. S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lírico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.